

Notas sobre el periodismo caldense en los años 30 a partir de la novela *Una y muchas guerras*

ADRIANA VILLEGAS BOTERO¹

Artículo recibido el 5 de abril 2018, aprobado para su publicación el 14 de mayo de 2018

Resumen

Una y muchas guerras es una de las más importantes novelas de la literatura caldense del Siglo XX. Fue escrita por Alonso Aristizábal Escobar y publicada por Editorial Planeta en 1985. Diversos críticos han estudiado esta obra como testimonio de la violencia partidista de los años 30 y 40 y destacan elementos como el desarrollo de un relato íntimo, a partir de una saga familiar que recrea el miedo, el desplazamiento forzado y la violencia psíquica. En este texto se propone un abordaje distinto para esta novela: teniendo en cuenta la cantidad de datos históricos verificables que contiene la obra, se presenta un rastreo sobre todas las referencias del libro a temas relacionados con el ejercicio del periodismo, dado que el protagonista, don Rubelio Aristizábal, ejerce como corresponsal del diario La Patria en Pensilvania, el mismo oficio que desarrolló en vida el padre del autor.

Palabras clave: Periodismo Caldense; Alonso Aristizábal; *Una y muchas guerras*; Literatura caldense; Literatura de violencia.

1. Introducción

Estudiosos de la literatura caldense como Roberto Vélez Correa indican que *Risaralda*, la novela de Bernardo Arias Trujillo publicada en 1935, fue “(...) la novela cumbre del Gran Caldas”, hasta la aparición de *Una y muchas guerras*, escrita por Alonso Aristizábal Escobar y publicada por Editorial Planeta en 1985 (Vélez, 2003, p. 381).

1 Comunicadora social y periodista de la Universidad de La Sabana, Abogada de la Universidad de Manizales, Magistra en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, Especialista en Literatura colombiana de la Universidad Santo Tomás y en Derecho Administrativo y Derecho de las Telecomunicaciones de la Universidad del Rosario, estudiante del Doctorado en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Trabajó en El Espectador, Canal Capital y Unimedios de la Universidad Nacional. Premio Simón Bolívar de Periodismo en 1999 en la categoría *Mejor cubrimiento de una noticia*. Fue directora de comunicaciones de la Registraduría Nacional, el Ministerio de Vivienda y el Departamento Administrativo de la Función Pública. Actualmente dirige la Escuela de Comunicación de la Universidad de Manizales. Alfaguara-Random House publicó este año su primera novela titulada: *El oído miope*. Correo electrónico: avillegas@umanizales.edu.co

La primera novela de Alonso Aristizábal ha sido estudiada por críticos nacionales y extranjeros desde distintas aristas, principalmente como texto icónico de la violencia política, y también por el contrapunto que plantea entre la vida cotidiana en un pueblo como Pensilvania y en una ciudad como Bogotá.

Una y muchas guerras es un relato que comienza a mediados de los años 30 (aunque refiere violencias ocurridas en años anteriores) y culmina hacia 1950, luego del Bogotazo. Si bien se trata de personajes contruidos desde la ficción el texto incluye numerosas referencias históricas verificables: nombres propios de personajes que vivieron en la época narrada, así como hechos concretos de violencia política entre liberales y conservadores, cuyos detalles noticiosos pueden rastrearse en la prensa de la época.

Teniendo en cuenta este trasfondo histórico, el análisis que se desarrolla a continuación plantea la reconstrucción de algunos elementos del ejercicio periodístico de los años 30 en Caldas, a partir de los datos que se incluyen en la novela *Una y muchas guerra*, a través de la figura de Rubelio Aristizábal, corresponsal de La Patria en Pensilvania. Los elementos a analizar son la prensa como único medio de comunicación, la cotidianidad del oficio del periodista, el concepto de actualidad, la prensa bipartidista y las censuras y autocensuras.

2. Sobre el autor

El escritor Alonso Aristizábal Escobar falleció en Medellín en la tarde del 31 de diciembre de 2017. Tenía 72 años y se encontraba en plena actividad profesional, dedicado en sus últimos tiempos a la escritura de ensayos y reseñas literarias, más que a la ficción. Nació en Pensilvania en 1945. Estudió en el Colegio Nacional de Oriente y luego en el Seminario Menor en Manizales. De allí se trasladó a Medellín en donde estudió Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana y en su ejercicio profesional mezcló la docencia y la escritura: fue tallerista y conferencista en las maestrías de literatura de las universidades Central y Nacional en Bogotá, y autor de comentarios, críticas y reseñas para el Instituto Cervantes de Madrid, las revistas *El mundo al Vuelo*, de Avianca, *Diners*, y los diarios *El Espectador*, *El Tiempo*, *La Patria* y *El Colombiano*.



Antes de escribir *Una y muchas guerras* publicó tres libros de relatos: *Sueño para empezar a vivir* (1973), *Un pueblo de niebla* (1976) y *Escritos en los muros* (1984). Luego del éxito de su primera novela en 1985 publicó una segunda novela, *Y si a usted en el sueño le dieran una rosa* (1997), así como ensayos sobre Pedro Gómez Valderrama y Álvaro Mutis. Su último título publicado fue el poemario *Caminos por la tierra* (2008).

3. *Una y muchas guerras*: testimonio de la violencia

Aunque Alonso Aristizábal Escobar escribió 10 títulos literarios que van desde poesía y relatos hasta ensayo, su novela *Una y muchas guerras* es su obra más estudiada.

El escritor y crítico Álvaro Pineda Botero explica la anécdota de la novela en los siguientes términos:

Alonso Aristizábal narra, en un lenguaje directo y testimonial y dentro de la tradición antioqueña, la historia de una familia oriunda de un pueblo caldense que por efecto de la violencia tiene que emigrar a Bogotá (...). Por huir de la violencia física de la región de Pensilvania, la familia perdió sus nexos y tradiciones y cayó en la violencia psicológica más despiadada y humillante (citado en Pineda, 1990, p. 89).

El análisis de la novela en clave de testimonio de la violencia política es también el elemento que destaca Roberto Vélez Correa en su lectura:

Es una de las pocas novelas de La Violencia que lograba abstraer la línea tendida por sus antecesoras, la mayoría cargada de escenas tremendistas y el morbosos inventario de asesinatos que provocó el ominoso período de la Violencia Colombiana (...). Es una obra capital de la literatura caldense, de las pocas que han logrado trascendencia y atención de la crítica especializada. Entre otros, a ella se han referido en sus estudios de la narrativa hispanoamericana, los extranjeros Jacques Gilard y Raymond L. Williams (Vélez, 2003, p. 44).

En Colombia se ha conocido como La Violencia al período de confrontación política armada desatado a partir del 9 de abril de 1948, cuando el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán desencadenó lo que se conoce como El Bogotazo, o desde 1946, cuando los liberales perdieron la Presidencia y Mariano Ospina Pérez asumió el poder. Según el historiador David Bushnell, "(...) existen buenas razones para considerar la hereditaria rivalidad partidista entre liberales y conservadores como la causa principal de la *Violencia* (...) una historia horripilante, en la cual murieron entre 100.000 y 200.000 colombianos" (1993, p. 281).

Si se toma el Bogotazo como el inicio de La Violencia y en consecuencia de las novelas sobre La Violencia, técnicamente *Una y muchas guerras* cabría allí solo de manera parcial, dado que de los 15 años que transcurren en la obra, 11 ó 13, según el criterio que se adopte, se ubican antes de la fecha oficial del inicio de La Violencia: la novela inicia con la noticia sobre la muerte del abogado y periodista conservador Clímaco Villegas ocurrida en Manizales en 1935 y con el "Abaleo de 1936" en Pensilvania. Sobre el Abaleo, La Patria de octubre de 1936 informa inicialmente que hubo seis muertos conservadores, un liberal y numerosos heridos entre los que figuraban niños y mujeres. En su novela Aristizábal fija el saldo en 40 muertos conservadores, que desencadena luego, en venganza, la muerte de 40 liberales.

(A propósito del asesinato de Clímaco Villegas, *Una y muchas guerras* no es el único punto de unión entre este crimen y la literatura: el escritor Bernardo Arias Trujillo, quien oficiaba como juez del circuito en Manizales, ordenó el arresto del coronel liberal Carlos Barrera Uribe por la

autoría de dicho homicidio: Barrera Uribe le disparó al excontralor Villegas el 18 de junio de 1935 en pleno centro de Manizales, a la vista de numerosas personas, y como consecuencia de las heridas causadas falleció 93 días después. Durante su ejercicio como contralor Villegas había denunciado irregularidades por parte del coronel Barrera en Armenia. Arias Trujillo impartió cuatro órdenes de arresto que la policía, al mando del coronel Barrera, se negó a cumplir. En consecuencia el 18 de diciembre de 1936 el novelista Bernardo Arias Trujillo, quien ya era reconocido en el medio por la reciente publicación de su novela *Risaralda*, presentó renuncia a su cargo ante el Tribunal Superior de Caldas y falleció 14 meses después. Ante la presión de los conservadores Barrera finalmente fue detenido en 1940 y permaneció 15 meses bajo arresto).

De las 233 páginas de *Una y muchas guerras*, 117 transcurren en Pensilvania. En la mitad exacta del libro la familia conformada por don Rubelio Aristizábal y doña Sola huye hacia Bogotá, en una fecha que debe ubicarse antes de 1938, y regresa a Pensilvania después del Bogotazo.

El año del viaje de Pensilvania a Bogotá es impreciso porque la familia permanece en Pensilvania al menos un año después del “Abaleo del 36”, es decir hasta al menos octubre de 1937. Sin embargo la muerte del periodista Eudoro Galarza Ossa, ocurrida el 12 de octubre de 1938, sucede cuando la familia lleva ya tres años en Bogotá (Aristizábal, 1985, p. 129).

Si bien buena parte de la novela se desarrolla antes del 9 de abril de 1948, uno de los principales valores de la obra es precisamente resaltar que La Violencia no empezó con el Bogotazo, y al contrario muestra que los muertos entre liberales y conservadores eran un rasgo común de la vida en los pueblos en los años 30, pero además una tragedia que ya habían vivido los padres y abuelos, en historias que se remontan hasta la Guerra de los Mil Días.

Cuando Vélez Correa destaca que en la novela de Aristizábal la violencia no se presenta como un inventario de atrocidades, es pertinente recordar la crítica que Gabriel García Márquez lanzó en su ensayo *Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia*, en donde señaló: “(...) quienes han leído todas las novelas de violencia que se escribieron en Colombia parecen de acuerdo en que todas son malas, y hay que confiar en que estén secretamente de acuerdo con ellos algunos de sus propios autores” (García, 1959, p. 12). En su texto García Márquez llama la atención sobre el énfasis que los narradores ponen en los muertos, e invita a leer a Camus, quien en *La peste* enseña que los dramas se deben contar desde la perspectiva de los vivos. Ese es quizás el mayor acierto de Aristizábal en su novela.

El escritor y curador de arte Eduardo Márceles Daconte lo presenta en los siguientes términos:

Si bien la novela inicia su recorrido en esta etapa nefasta que precede a La Violencia como fenómeno sociohistórico, cuando los odios partidistas contribuyen a ensangrentar un amplio territorio de la región andina –el primer crimen sucede cuando Barrera Uribe asesina a sangre fría al juez conservador Clímaco Villegas en Manizales–, el foco de su argumento, como un leitmotiv a través de su desarrollo, es el miedo y sus consecuencias. Desde el primer párrafo, el autor nos introduce en este sentimiento oscuro, helado, pegajoso, que se experimenta

frente a la adversidad, el destino incierto, la angustia existencial; como también a los fantasmas de la imaginación que acechan, como un inquietante trasfondo, a través de la narración (Márceles, 2018).

Las presencias fantasmagóricas que crecen en la obra, a medida que avanza el relato, evocan la poética de Rulfo y sus geografías habitadas por muertos. En la novela de Aristizábal hay una intención deliberada por ubicar a los personajes, al final de sus vidas, en el rol que ocuparon los padres próximos a la muerte, y a los hijos en el rol de los padres, en ciclos que funden vida y muerte, de la misma manera en que una violencia se encadena con la otra. Como lo dice el autor en uno de los apartes de la novela: “Qué diferencia hay entre conservadores y liberales. Eso es lo mismo. Sólo que a unos los matan primero y a los otros después” (Aristizábal, 1985, p. 129).

4. Pistas para recrear el periodismo de los años 30

En principio los textos de ficción no son fuente idónea para la reconstrucción histórica, pues la ficción puede falsear o inventar hechos que para la historia deben ser datos verificables. En últimas el lenguaje cumple una función estética en la literatura, distinta de la función referencial o informativa que desarrolla en los textos históricos (Jakobson, 1963).

No obstante, el mismo Alonso Aristizábal refirió en distintas oportunidades el interés que lo animaba para presentar una reconstrucción histórica fidedigna en su novela *Una y muchas guerras*. En entrevista realizada por Gilberto Gómez Ocampo, de la Universidad de Washington, el autor señala:

Mi tentativa ha sido captar cierta vida y la vida de siempre parece un caleidoscopio. Podría hablar por ejemplo del tema histórico y de algunos hechos que anteceden al 9 de abril. Cuando la novela se impone, cualquier afirmación para enmarcarla por parte del autor parece arbitraria. Además, no conlleva intenciones o propósitos. Solo pretende ser ella misma con los elementos que le corresponden. Por esto, los problemas formales cada vez estuvieron determinados por la necesidad de contar con fidelidad ciertas verdades sin herir a nadie ni atentar contra mi admiración por los personajes que seguían estando a mi lado para inspirarme. Mi preocupación esencial fue darle a los hechos la claridad que pide un libro atento a comunicarse con el lector. En definitiva, escribo pensando en alguien (Gómez, 1985, p. 49).

Ese interés que revela el autor por fidelidad frente a la verdad y el respeto a los protagonistas, que son a la vez personajes del mundo real, se refuerza con la inclusión de numerosos nombres propios dentro de la obra. Sobre este tema la filóloga y escritora Sonia Nadhezda Truque, explica:

La mención de políticos y figuras del momento, Alzate Avendaño, Barrera Uribe, Marco Mirla, Mamatoco, Gaitán, Roa Sierra, etcétera, funciona no como señalamiento de acciones afortunadas o infortunadas, sino como la justeza y

fidelidad del lugar que ocuparon, porque el esfuerzo de Alonso Aristizábal es el de no acusar (1985, p. 81).

Además de los nombres de políticos de los años 30 y 40, Alonso Aristizábal alude a periódicos como La Patria, El Espectador, El Tiempo y El Siglo, también con nombre propio, así como a plumas que van desde Aquilino Villegas hasta Eudoro Galarza Ossa. Su interés particular por el periodismo viene por partida doble, como lo indicó en una entrevista en el año 2013:

Mi padre era el periodista en Pensilvania y escribía en La Patria, de Manizales. La primera novela que me publicó Planeta en el 85 se llama *Una y muchas guerras* y es un homenaje a él. Él me contaba muchas historias al respecto y yo las iba recogiendo. Investigué en las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y de la Luis Ángel Arango, leí la prensa colombiana de los años treinta al cincuenta de El Tiempo, El Espectador, El Siglo y La Patria. Un día encontré varios artículos firmados por un tal E. Mirón con varios temas de los que él escribía. Volví donde mi papá y le pregunté de quién se trataba. Y me dijo: ese E. Mirón era yo. Entonces fue algo muy bello porque yo no sabía que él usara seudónimo en algunas colaboraciones de tipo político (Revista Circe, 2013, p. 59).

En la misma entrevista el escritor cuenta que trabajó en otra novela basada en la historia de su hermano Gustavo, quien murió en la explosión del avión de Avianca con 107 ocupantes el 27 de noviembre de 1989. “Él fue periodista de El Colombiano, me regaló bastantes libros y me enseñó mucho sobre literatura” (Revista Circe, 2013, p. 59).

Al final de la novela *Una y muchas guerras* el autor deja claro su objetivo con esta obra:

Escribir es revivir a sus papás en el fondo de los años. Y allá escribiría que usted papá reciba este homenaje y que solo desea que por encima de las tinieblas del tiempo continúen en su diálogo sin fin. Que su viejo será siempre la gran voluntad, el coraje de las palabras en su guerra inclemente. Que por esto, él también va a firmarse E. Mirón al cerrar las notas de tantos cuadernos en los que se propuso contar la vida de ellos y la suya (Aristizábal, 1985, p. 231).

Teniendo entonces clara la intención de Alonso Aristizábal por ser fiel a la verdad histórica dentro de su narrativa de ficción, y su interés por recrear el mundo periodístico y homenajear su padre, corresponsal de La Patria, en la figura del protagonista Rubelio Aristizábal, se presentan a continuación cinco pistas para entender el ejercicio del periodismo de los años 30 a partir de la novela *Una y muchas guerras*.

4.1. La prensa: el único medio

La novela de Alonso Aristizábal comienza con un hecho histórico: la muerte en Manizales de Clímaco Villegas, ocurrida en 1935. “—Lean, lean— agregó éste extendiendo La Patria”, dice Rubelio en la segunda página de *Una y muchas guerras*, introduciendo al lector desde temprano en lo que es la principal fuente de información de los habitantes de Pensilvania: La prensa, y más específicamente La Patria.



La primera alusión que en el libro se hace a la radio ocurre de manera tardía: en Bogotá, luego del asesinato de Gaitán. “Virgilio apretaba el control del dial y parecía que agarrara la cola de una gallina. El radio chirriaba protestando contra la presión del puño (...) El radio revenataba disparando también y Virgilio debió sintonizarlo de nuevo y le aumentó el volumen” (Aristizábal, 1985, p. 184).

También es en la segunda mitad del libro, cuando la familia ya vive en Bogotá, que aparece la primera alusión al teléfono y llama la atención que aunque el oficio del protagonista

es corresponsal de prensa no hay ninguna alusión a la fotografía dentro de la novela: ni el corresponsal toma fotografías, ni a su familia le toman fotos en los hitos familiares, como las bodas.

Significa entonces que en el universo creado por el autor, la vida cotidiana de los habitantes de Pensilvania de los años 30s no incluía el teléfono ni el radio como fuente de información habitual. Hay un telégrafo, que opera el hijo mayor del protagonista, y en la obra se mencionan algunos escasos libros como El Quijote, La Eneida y La Ilíada. Las pocas referencias a la música se refieren a serenatas, es decir música que llega en vivo y no de señales radiofónicas, y tampoco hay alusiones al cine o espectáculos artísticos de ninguna índole. El tiempo libre de la gente de Pensilvania transcurre entre la iglesia y las cantinas (se narra la llegada de una mesa de billar), en peleas de gallos y en las plazas públicas, aunque el miedo partidista las desocupa cada tanto. El tiempo libre transcurre sobre todo de puertas para adentro en las casas de las familias. La prensa, y particularmente La Patria, es la única industria cultural que hace presencia en el pueblo de manera permanente, aunque no diaria, durante la época del relato.

4.2. La cotidianidad del oficio del corresponsal

También al comienzo de la novela, cuando se habla del asesinato de Clímaco Villegas, el narrador explica: “Rubelio contó que era su amigo, le había dado entrada a La Patria para que hiciera sus corresponsalías desde Pensilvania” (Aristizábal, 1985, p. 8). El lector se entera así del trabajo de Rubelio como periodista, que ejerce en soledad en el municipio ya que no hay más corresponsales o equipo de trabajo.

Pero su oficio no es de tiempo completo. El narrador explica que Rubelio, además de corresponsal, es concejal del Partido Conservador, una mezcla de oficios que hoy resultaría imposible pero que en los años 30s era común, dado el carácter profundamente partidista de

los periódicos, que tenían entre sus colaboradores a muchos miembros de directorios políticos, quienes escribían textos con más opinión que información.

Al menos en dos ocasiones en la novela se refieren noticias concretas que dan lugar a textos periodísticos escritos por el corresponsal de Pensilvania: la muerte de un grupo de conservadores en una tarde de domingo, cuyo registro se encuentra efectivamente en ediciones de La Patria de enero de 1936, y luego, el *Abaleo del 36*, del que existen numerosas referencias históricas, y que ocurrió el 18 de octubre de ese año.

Sobre el primero, describe así el narrador las circunstancias de la escritura del texto:

Al fin, el miércoles escribió como disparando con la chuzografía de sus índices, aquella noticia que parecía un hervidero en su cabeza; salió de un tirón que lo dejó agotado por las furias que había desencadenado. Casi le faltan fuerzas para ir en busca del correo. No obstante, ese sobre era en sus manos una bola encendida que debía ser soltada para que no lo quemara. De este modo, llegó hasta la casa de Sandalio el cartero que cada jueves hacía una travesía de dos días para llegar a Manizales. Y a esa hora, el hombre ya armaba el paquete de cartas. Rubelio le recomendó más que antes, que por favor dejara su sobre de primero en La Patria, es urgente, esto lo están esperando (Aristizábal, 1985, p. 31).

La distancia entre el momento de los hechos (el domingo) y el momento de la escritura (el miércoles) coincide además con la distancia temporal frente al momento en el que la noticia escrita por el corresponsal llega al pueblo:

Una tarde, encerrado en su oficina, oyó que anunciaban el periódico y sintió que le quitaban de encima una coyunda y podía respirar y caminar con calma hacia la tienda donde debía reclamar su ejemplar, el mismo que lo acompañaría en el día y a veces durante la semana en el bolsillo izquierdo del saco negro casi fantasmal. El periódico se agotó de inmediato y el encargado de la distribución protestaba porque ya les había escrito varias cartas a los de La Patria para que le mandaran más ejemplares cuando hubiera noticias de Pensilvania (Aristizábal, 1985, p. 32).

Páginas más adelante Virgilio, el hijo de Rubelio, le pide heredarle o compartir con él el trabajo de corresponsal, rasgo que resulta común en el origen de numerosos periodistas de los años 30 y 40: el oficio se comunica de generación en generación.

De acuerdo con el narrador, cuando Virgilio incursiona en el oficio del padre "(...) respiraba el aire enrarecido de la oficina donde el papá escribía a máquina sin apartar sus ojos de las palabras que daban la impresión de salir disparadas de su rostro severo y agónico" (Aristizábal, 1985, p. 104).

La distancia entre los hechos narrados, el tiempo de la escritura y el tiempo de la publicación vuelve a aparecer en este episodio del hijo:

—¿Ya casi tiene listo el artículo? —le dijo Rubelio esa noche hablando sobre sus espaldas.

—Mañana me presta la máquina para sacarlo en limpio.

Más allá de la medianoche la luz de la bombilla le ardía en los ojos. Después despertó allí sentado con la frente sobre el cuaderno donde estaba escrita cada una de las ideas de lo que diría en la corresponsalía. Desde temprano, en la oficina del papá, chuzografiaba las escasas dos cuartillas y repetía renglón tras renglón porque de alguna manera comprendía que ello era necesario para que el vuelo de lo que decía echara raíces como una planta.

—¡Muy bien! Mañana lo mandamos y de una vez yo voy a escribirles para que me sigan recibiendo artículos desde Bogotá—.

La corresponsalía se publicó varios días antes del viaje y Virgilio sentía gran emoción de dejar constancia de su despedida del pueblo (Aristizábal, 1985, p. 113).

De lo escrito por el autor en *Una y muchas guerras* se sacan varias conclusiones sobre el ejercicio del oficio periodístico en los años 30 por el corresponsal en Pensilvania:

- ✓ El corresponsal escribía primero a mano, corregía y una vez tenía listo el texto lo pasaba a máquina, en una rutina impensable en épocas posteriores, cuando se masificó el uso del computador. No hay editor que trabaje con el autor. El periodista es su propio editor.
- ✓ El corresponsal no hace propiamente una labor investigativa o de reportería que incluya consulta o confrontación de fuentes. El corresponsal es una persona que vive inmersa en una realidad y escribe sobre lo que le ocurre, lo que ve de primera mano o se entera a través de conversaciones con amigos. No hay una clara planificación del trabajo.
- ✓ El contenido de los textos enviados depende del interés del corresponsal. En la novela no aparecen exigencias informativas por parte del periódico y es el propio periodista el que decide qué escribir y enviar por correo. Los textos nacen de la oferta del corresponsal y no de la demanda del periódico. La agenda informativa va desde homicidios hasta despedidas del pueblo. Es decir que los textos personales, evocativos o autorreferenciales son bienvenidos por el periódico.
- ✓ La extensión del texto es de *dos cuartillas*: una cuartilla equivale a una cuarta de pliego y cada pliego puede tener entre 20 y 25 renglones, de manera que se trata de un texto de aproximadamente 50 renglones en máquina de escribir, cuyos caracteres son más espaciados que los de un computador. Eso equivale a un texto de alrededor de 500 palabras, que son las que tiene actualmente una columna de opinión de tamaño mediano. El texto de la corresponsalía no era corto pero tampoco demasiado largo.
- ✓ La indicación de “(...) voy a escribirles para que me sigan recibiendo artículos desde Bogotá” indica que la relación del periódico es con el autor, más que con la ubicación geográfica desde la cual hace sus despachos. El periodista tiene la esperanza de conservar su corresponsalía aunque se mude de ciudad, aunque en la página 125 se advierte que estaba equivocado: “Y que recibiera siquiera algo de corresponsalías pero no mandé más

porque no me publican ya. ¡Acuérdese lo que nos servían esos chequecitos!” (Aristizábal, 1985, p. 125).

- ✓ El trabajo del corresponsal es remunerado. No hay un contrato laboral con salario fijo y estable, pero el periódico envía “chequecitos” por las notas publicadas. No todos los textos escritos y enviados son publicados.
- ✓ El corresponsal es una persona con reconocimiento cultural y social en el pueblo, aunque este reconocimiento puede tener origen no sólo en su oficio periodístico sino también en su militancia política. Sin embargo, no se trata de una persona adinerada: al contrario, el periodista depende de su salario para la manutención de su familia y la falta de trabajo lo lleva rápidamente a buscar otras opciones laborales que le garanticen la subsistencia. La situación económica de la familia se evidencia en la posibilidad de acceder o no a la prensa, como se presenta en el siguiente contraste, con pocas páginas de diferencia: “Hablaban de cosas inútiles o de las últimas noticias que traían La Patria y El Siglo que hacía mucho no podía comprar” (Aristizábal, 1985, p. 121). Cuando la situación económica cambia, el narrador indica: “(...) caminaba tanteando el piso hacia la sala con el periódico que ya podía comprar para pasar y repasar las mismas noticias” (Aristizábal, 1985, p. 138).

4.3. El concepto de actualidad

Una de las diferencias más notorias entre el oficio del corresponsal de los años 30 que describe Alonso Aristizábal en *Una y muchas guerras* y el ejercicio actual consiste en los conceptos de actualidad e inmediatez, que rigen al periodismo contemporáneo.

En los años 30 Pensilvania quedaba a dos días de Manizales en un viaje en mula. Aunque en el pueblo hay telégrafo el periodista no lo usa para comunicarse con el periódico y en cambio recurre al correo: dos días de viaje, más el tiempo que tarde en repartir la correspondencia en la capital. El texto llega al periódico, se publica algunos días después, no inmediatamente, y luego los ejemplares del periódico emprende el viaje de regreso: en mula hasta Pensilvania.

Como si este lapso de tiempo fuera poco, el periodista no escribe los textos inmediatamente ocurren los hechos: sobre los muertos del domingo se sienta a escribir el miércoles. La razón para no hacerlo antes es que el orden público le impide ir hasta su oficina, en donde tiene la máquina de escribir. Pero en el caso del hijo, quien escribe un texto de despedida del pueblo, la redacción también le toma varios días, sin que haya razones de orden público para la tardanza.

Se trata entonces de un periodismo hecho sin afán, en tiempos anteriores a la radio, en los que los periódicos llegan con retraso pero aun así se agotan y sirven para revivir lo que ya todo el pueblo sabe que ocurrió: la función de la prensa es informar sobre lo que sucede más allá de las montañas, así las noticias lleguen días después, pero el mayor interés de los lectores está en revisar qué dice el periódico sobre los hechos ocurridos en el pueblo, de los que ya todos conocen los detalles, para verificar si el registro escrito, que quedará para la historia, coincide o no con su propia versión de los hechos. Es un periodismo con conciencia de ser memoria histórica de una época y un territorio.

4.4. La prensa bipartidista

En la primera mitad de la novela, que transcurre en Pensilvania, el único periódico que lee Rubelio es *La Patria*. Cuando llega a Bogotá extiende sus lecturas a *El Siglo*, *El Espectador* y *El Tiempo*, en cuidadoso equilibrio bipartidista:

Rubelio compraba la prensa en la esquina del hospital. El hombre del puesto de periódicos le vendía *El Tiempo* y *El Siglo* o *El Espectador* y *La Patria*, cada vez uno liberal y otro conservador: por eso se los entregaba con manos diferentes como si pensara que al juntarlos habría incendios, explosiones y muerte (Aristizábal, 1985, p. 175).

Se trata de una prensa partidista en la línea editorial, que trasciende a toda la agenda informativa de los periódicos: A Rubelio, concejal conservador, le consigue la corresponsalía en *La Patria* el abogado Clímaco Villegas, líder conservador. En las primeras páginas del libro el periódico informa que el liberal Jorge Eliécer Gaitán será el abogado defensor del coronel liberal Carlos Barrera Uribe y páginas y años después se informa que el mismo Jorge Eliécer Gaitán será también el abogado defensor del teniente Cortés, el asesino del periodista conservador Eudoro Galarza Ossa: “La última noche estuvieron allí hasta las dos de la mañana, hora en la cual los Arangos dijeron a una sola voz: ¡Esto no tiene más vueltas! ¡Lo sacó librecito!” (Aristizábal, 1985, p. 179), y más adelante el narrador indica que el 9 de abril Gaitán tenía una “(...) invitación a almorzar para homenajear al líder por el triunfo forense” (Aristizábal, 1985, p. 186).

Rubelio es un periodista conservador que cuando llega a la capital se ve desempleado y con necesidades económicas. Se presenta entonces ante “(...) Javier Ramírez del Directorio Conservador de Caldas y declarado hijo eminente de Pensilvania”, pero la gestión para conseguir trabajo resulta nula. Entonces Juan Arango, un nuevo amigo en la capital, le propone: “—Yo le consigo puesto si deja que lo presente como liberal”, a lo que Rubelio se niega “porque no es verdad” (Aristizábal, 1985, p. 128).

La división entre conservadores y liberales es tal que el Rubelio cambia de expendedor de periódicos, porque el anterior, liberal, lo atemoriza: “(...) a veces las vociferaciones del negro le producían algún pánico y debía gaguear para pedirle los periódicos (...) el hombre se negaba a fiarle a Rubelio cuando no llevaba menuda. Este recibió aquello con rabia y preocupación y juró no volver a comprarle” (Aristizábal, 1985, p. 175).

Pese a los devaneos con la prensa liberal capitalina, al final de la novela Rubelio sigue firme a sus principios convertidos en costumbres: “(...) en el comedor leía *La Patria*, mientras Sola batía el chocolate en la cocina” (Aristizábal, 1985, p. 203).

4.5. Censuras y autocensuras

Una y muchas guerras refiere al menos dos episodios concretos de censura de prensa ocurridos en Manizales 1938, y resulta útil para documentar las invitaciones a la autocensura por parte del entorno familiar. Sobre los hechos concretos de censura que la novela documenta, se resalta lo siguiente:

En Belén de Umbría a Silvio Villegas lo hirieron de varias puñaladas en las nalgas cuando se dirigía a una manifestación desde un tablado. Que en Supía la policía se acantonó en la plaza y en el momento en el cual Londoño y Londoño y Alzate Avendaño entraron en medio de un desfile de banderas azules les tumbaron los caballos con rachas de *remington* y que rodaron como pelotas por el empedrado y debieron huir en medio de la temible pedrea con la que iban a destruir el pueblo porque incluso desenterraron casas para sepultar esa multitud de godos. Que la noticia del día anterior había sido muy grave, el incendio de La Patria a la medianoche a manos de un tropel de criminales que también partieron a martillo las prensas (Aristizábal, 1985, p. 146).

La descripción que hace Aristizábal en su novela sobre el incendio al diario La Patria coincide con la nota publicada en el propio diario el 6 de abril de 1938 bajo el título *Terrible desastre consumió la plebe liberal a La Patria*. Un aparte del texto de la noticia dice lo siguiente:

Con motivo de la violencia partidista, La Patria, que siempre ha defendido la causa conservadora, se ve arrollada por sus ideas y los opositores cobran y muy caro tal ideología, por ello en momento de ese fervor, los liberales deciden destruir esta casa editorial con la idea de silenciarla, sin embargo La Patria como el Ave Fenix se levanta de nuevo.

Sobre este mismo hecho Oscar Gaviria Valencia, en su obra *Huellas del periodismo caldense: un pasado lleno de honor*, señala que: “(...) la destrucción de los talleres a piedra y bala hizo que en su reaparición publicara un sarcástico editorial de Silvio Villegas, que era de nuevo director, en el que, entre otras cosas, escribió: ‘Aquí estamos, analfabetas destructores de imprentas’” (Gaviria, 2004, p. 165).

El segundo hecho de censura registrado en *Una y muchas guerras* es el homicidio del director de La Voz de Caldas, Eudoro Galarza Ossa, ocurrido el 12 de octubre de 1938, que ya fue reseñado en la revista *Escribanía* (Villegas, 2017). Sobre este crimen la novela incluye el siguiente pasaje, que modifica ligeramente la forma en la que ocurrieron los hechos, según lo que refieren las ediciones de La Patria y La Voz de Caldas del día siguiente al suceso, pero rescata que la prensa transcribió el diálogo sostenido entre Galarza y su asesino y le permite al lector *oír* al teniente Cortés:

—¡Mataron a Galarza Ossa! —dijo ocultando las manos debajo de las cobijas.

—¿Me presta la prensa?

(...)

Virgilio comenzó a leer en la oscuridad y oyó la voz del teniente Cortés vociferando por teléfono:

—¡Usted ha dicho que yo soy un matón!

—Y voy a demostrarle con quiénes soy matón, con los boquilargos como usted.

—¡Le doy veinticuatro horas para que rectifique!

—Es verdad lo que digo en el periódico y renuncio al plazo porque no hay nada que rectificar —respondió Galarza, Director de La Voz de Caldas y Secretario del Directorio Departamental Conservador.

—¡Ya voy para allá! —reventó el teniente con el estallido del teléfono (...) Galarza comprendía que el teniente llegaría y lo aguardaba con los puños apretados sobre el escritorio sin intentar ni tomar el revólver porque nunca las balas fueron su arma y sus enemigos los hizo con ráfagas de palabras. Estremecido por el frío ardiente de la agonía, miraba la puerta por donde el otro entraría aunque demoraba una edad sin tiempo. Por ello, no lo vio aparecer porque el que atravesaba el umbral no era más que un espectro. El teniente se acercó e hizo fuego. Galarza quedó muerto sobre el escritorio con los ojos bien abiertos tratando de saber quién era exactamente el hombre que tenía ante él. En verdad la descarga fue un estallido de guerra porque al instante ya amagaba la batalla entre los barreristas que defendían al teniente y los godos que se proponían lincharlo (Aristizábal, 1985, p. 144).

En un fragmento de la novela Alonso Aristizábal funde en una sola persona al coronel Barrera Uribe, el asesino de Clímaco Villegas, con el teniente Cortés, el asesino de Galarza y hace notar que ambos son liberales defendidos por Jorge Eliécer Gaitán.

Señala además el narrador que “(...) durante muchas tardes no hubo más tema” (Aristizábal, 1985, p. 145) y que la reacción de Sola, la esposa de Rubelio, al enterarse de la muerte de Galarza fue: “—¿Mijo, lo irán a dejar sin puesto otra vez?” (Aristizábal, 1985, p. 145), lo cual permite desarrollar la otra cara de la censura que trabaja esta novela, y que se refiere a la invitación familiar, particularmente de la esposa del corresponsal, a la autocensura.

Al comienzo de la novela, cuando ocurren los crímenes del domingo de algunos conservadores, Rubelio vocifera:

—¡Hay que informar de esto a La Patria! ¡Cómo se va a quedar callada una cosa así! —alegó enfurecido en el corredor.

—Usted sale de aquí por encima de mi cadáver; si con esta oscuridad lo están esperando y usted no puede dejarnos solos (Aristizábal, 1985, p. 29).

Como ya se señaló, el corresponsal solo puede sentarse a escribir su nota hasta el día miércoles, la envía por correo a Manizales y unos días después el periódico con la noticia llega a Pensilvania, causando enorme revuelo entre los lectores. Sola le pregunta a Rubelio qué ocurre y él responde:

—¡Que salió lo del domingo en el periódico y la gente ya lo sabe y no me da miedo de nadie!

—¡Usted no sale de aquí ahora!

(...) En ese momento estallaron los peinillazos en el portón. Eran varios hombres y estaban macheteando y gritando:

—¡Vamos a matar uno para que informen a La Patria! (Aristizábal, 1985, p. 33).

A la presión familiar se suma la presión social de sus amigos que desean protegerlo en medio de un ambiente caldeado por los odios políticos:

Decían que no había por qué publicar los nombres de las personas, que eso encendería más la hoguera, que vieran lo que se venía.

—No sean miedosos, hombre, si eso ocurrió así y esas cosas hay que decirlas tal y como fueron para que se sepan; hechos de esos no se pueden quedar callados porque ahí sí es cierto que nos acaban— (Aristizábal, 1985, p. 32).

Bajo esa premisa de “(...) las cosas hay que decirlas tal y como fueron para que se sepan” Rubelio publica nombres, datos y detalles de lo que ocurre en su municipio, aunque eso le trae consecuencias: las peleas con su esposa por la preocupación legítima de ella por su vida y su seguridad, y luego la destitución de su cargo como concejal. La noticia publicada en La Patria sobre el *Abaleo del 36* causa tanta indignación entre los liberales como el propio abaleo entre los conservadores: “Ese mismo día, el alcalde pidió al Concejo la destitución de Rubelio, como única forma de que hubiera paz. A nadie más podían señalar de algo para calmar la ira” (Aristizábal, 1985, p. 63).

Las consecuencias personales y familiares son trágicas. Sin trabajo y sin ingresos empieza el declive del corresponsal, quien luego se ve forzado a huir hacia Bogotá en donde existe la posibilidad de conseguir trabajo y de mayor seguridad personal. El sueño americano trastocado en sueño capitalino muestra en este libro su rostro de pesadilla. Pero Rubelio, firme a sus convicciones, logra mantenerse digno y a flote en una herencia personal que su hijo Virgilio, o Alonso Aristizábal, recoge en forma de homenaje, no solo hacia la figura de su padre, sino también hacia el oficio de corresponsal, hoy en vía de extinción.

Referencias

- Aristizábal, A. (1985). *Una y muchas guerras*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Aristizábal, A. (1973). *Sueño para empezar a vivir*. Medellín: Editorial La Pulga.
- Aristizábal, A. (1976). *Un pueblo de niebla*. Bogotá: Ediciones Vértice.
- Aristizábal, A. (1984). *Escritos en los muros*. Bogotá: Colcultura.
- Aristizábal, A. (1992). *Vida y Obra de Pedro Gómez Valderrama*. Bogotá: Procultura, Clásicos Colombianos
- Aristizábal, A. (1997). *Y si a usted en el sueño le dieran una rosa*. Bogotá: Arango Editores.
- Aristizábal, A. (1997). *Pensilvania, el sueño entre los árboles*. Bogotá: El sello editorial.
- Aristizábal, A. (2002). *Mito y trascendencia en Maqroll el gaviero*. Bogotá: Mincultura y Universidad Nacional.
- Aristizábal, A. (2008). *Caminos por la tierra*. Bogotá: Editorial ícono.
- Bushnell, D. (1993). *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta.

- García, G. (1959, Octubre 9), Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia. *La Calle*. Disponible en: <https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/dos-tres-cosas-sobre-la-novela-de-la-violencia/36312>.
- Gaviria, O. (2004). *Huellas del periodismo caldense: un pasado lleno de honor*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- Gómez, G. (1985). Entrevista a Alonso Aristizábal. Disponible en: http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-1/14.REC_1_GilbertoGomezEntrevista1.pdf
- Jakobson, R. (1963). *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral.
- La Patria (1938, abril 6). *Terrible desastre consumó la plebe liberal a La Patria*. Manizales: La Patria.
- Márceles, E. (2018, Febrero 15). *Una y muchas guerras: los estragos del miedo*. Disponible en: <http://smpmanizales.blogspot.com.co/2018/02/una-y-muchas-guerras-los-estragos-del.html>
- Nadhezda, S. (1985). El recuerdo de la guerra. *Boletín cultural y bibliográfico del Banco de la República*. Disponible en: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/viewFile/3227/3315
- Pineda, Á. (1990). *Del Mito a la posmodernidad. La novela colombiana de finales del Siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Revista Circe (2013, julio). Escribir es vivir cada epifanía. Entrevista a Alonso Aristizábal. En: *Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional*. Disponible en: https://issuu.com/gestiondeproyectos/docs/pgp_rev_circe_full_ago13/59
- Vélez, R. (2003), *Literatura de Caldas 1967 – 1997. Historia crítica*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- Villegas, A. (2017). La historia de Eudoro Galarza Ossa, el primer periodista asesinado en Colombia. En: *Revista Escribanía* (Universidad de Manizales). Año 20, Vol. 15. No.1, pp. 165-184.